



Francisco Lafarga (ed.), *Creación y traducción en España (1898-1936). Protagonistas de una historia*, Kassel, Edition Reichenberger, 2018, 378 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.23.2021.563-566>

Creación y traducción en España (1898-1936). Protagonistas de una historia ofrece una panorámica de hombres y mujeres de letras que tradujeron y crearon literatura durante el primer tercio del siglo XX en España. El volumen, editado e introducido con rigor por Francisco Lafarga, que también es autor de uno de los capítulos, incluye a dieciocho «protagonistas» de muy diverso perfil, obra y poética: Manuel Machado (pp. 7-26), Ricardo Baeza (pp. 27-50), Fernández Ardavín (pp. 63-84), Carmen de Burgos (pp. 85-108), Eduardo Marquina (pp. 109-126), Juan Ramón Jiménez (pp. 127-144), Rivas Cherif (pp. 145-170), Díez-Canedo (pp. 171-192), Azorín (pp. 193-200), María Luz Morales (pp. 201-216), Marcos Rafael Blanco-Belmonte (pp. 217-252), Francisco Villaespesa (pp. 253-284), Salvador de Madariaga (pp. 285-314), Jorge Guillén (pp. 315-328), Pedro Salinas (pp. 329-340), Gerardo Diego (pp. 341-354) y Manuel Azaña (pp. 355-370). Son múltiples también los motivos por los que tradujeron, cosa que podemos ilustrar espigando, de entre los autores tratados en el libro, razones de afinidad poética o identificación de un terreno poético compartido, «una estirpe» (Juan Ramón Jiménez), pecuniarias (Machado) o vinculadas a la idiosincrasia de la labor creativa del traductor (caso del multilingüismo y las autotraducciones de Madariaga o de la intertextualidad en el caso de la obra de Guillén). En todo caso, estos motivos son a menudo concurrentes o se solapan (el mismo Machado tradujo también por interés estético; como Azaña y su «interés tan vivo» por Borrow, p. 365). Asimismo, son variados tanto los géneros y autores traducidos como la relación con la obra propia, lo que da una visión poliédrica de los vínculos entre traducción y (re)escritura en el periodo estudiado. El lector interesado encuentra un listado de autores / traductores que se encuentra cohesionado por el periodo histórico. Contribuye a la trabazón y ordenación del volumen, además del género que tradujeron, como apunta Lafarga en la introducción, el hilo conductor formal: la repetición de la estructura de cada entrada o capítulo. Todos los capítulos siguen el mismo patrón consistente en un resumen en inglés, una breve semblanza del protagonista con su correspondiente contextualización, un estudio de las traducciones y de su

interacción o no con la obra del autor / traductor y una relación exhaustiva de las traducciones seguida de bibliografía. Las listas de las traducciones son un gran hallazgo y sin duda una fuente muy valiosa de información para los investigadores interesados en el tema. Este esquema repetido es eficaz y una de las varias bondades del libro. Otra es la multitud de detalles y lo específico de cada caso, lo que remite a la necesidad de centrarse en *quién* traduce (ver mención a Anthony Pym en la página 2) y a otras obras de historia e historiografía de la traducción con autoría o edición a cargo de Francisco Lafarga. En este sentido, el libro es un gran trabajo colectivo de microhistoria, cuya utilidad es incuestionable y que incide desde el mismo subtítulo («protagonistas de *una* historia») en la sentencia de Christopher Rundle: «a historical approach is one that seeks the specific in any given context» (2012, p. 134).

Es imposible detenerse en todos los capítulos y en los muchos datos que aportan, pues forman un conjunto de considerable erudición. Se antoja más útil destacar, sin embargo, la aparición de temas recurrentes, como la percepción propia de los autores sobre sus actividades de traducción, por ejemplo, la «manera de concebir la traducción como pleno ejercicio de creación» de Guillén (p. 24), la relación entre traducción y reescritura (Blanco-Belmonte) o la evolución a la par de las poéticas de creación y traducción de Gerardo Diego. Abundan los ejemplos a propósito de la idea de que todo traductor desarrolla su propia teoría (crítica) de la traducción con sugerentes disquisiciones sobre la naturaleza de la traducción en sí misma (Díaz-Canedo) o comentarios críticos (Rivas Cherif, Azorín,) que respaldan la idea de la *Edad de Plata* como una época tendente al cosmopolitismo que entendía la traducción como mediación y enriquecimiento cultural (Ricardo Barea; Luz Morales; de nuevo Azorín). Se recogen también comentarios reiterados de los autores / traductores sobre lo que Luis Pegenaute llama «el genio específico de las lenguas» (p. 306) en análisis contrastivos que van más allá de la mera justificación de decisiones de traducción y que abordan a veces nociones de adecuación, aceptabilidad y los límites de lo traducible (Ardavín, Madariaga, Rivas Cherif, entre otros).

Son de especial interés los capítulos dedicados a Ricardo Barea, Carmen de Burgos, Salvador de Madariaga y Rivas Cherif por su enorme atino al presentar con claridad una cantidad ingente de información de forma concisa y rigurosa. También destaca el modo en que Rafael Alarcón presenta la trama casi novelesca de traducciones y autorías supuestas en el caso de Manuel Machado.

Los creadores estudiados incluyen, además de a autores / traductores canónicos, o conocidos en ambas facetas, como Pedro Salinas o Juan Ramón Jiménez, a escritores hoy casi olvidados como Insúa o Blanco-Belmonte, amén de autores menos reconocidos por sus obras, no digamos ya sus traducciones, que por sus labores como políticos (Azaña) o antólogos (Díez-Canedo). Es muy pertinente esta recuperación y también la de mujeres que fueron intelectuales solventes, además de traductoras, como Carmen de Burgos (1867-1932) y María Luz Morales (1889-1980).

Estos perfiles son relevantes y de interés para quien quiera comprender las raíces, las fuentes, de parte de la literatura en lengua castellana del siglo XX. El contacto entre lenguas y tradiciones y la mediación cultural, fueron, como suele ser habitual, las vías por las que penetraron influencias en el trasiego de ideas y estéticas. El papel de la traducción en ello fue determinante, como manifiesta el breve, pero muy notable resumen en la página noventauno y siguientes:

Sea como fuere, dicha eclosión de traducciones tuvo un innegable papel en la renovación del canon literario de la llamada Edad de Plata de nuestra literatura, pues influyó de manera determinante en «la formación crítica y estética de las élites culturales», como se ha puesto fehacientemente de manifiesto (Gallego Roca, 2004: 482) (p. 92).

Los distintos capítulos, en su variedad, dan idea y medida panorámicas del sistema literario español (industria, flujo de ideas y valores estéticos o morales, decurso ideológico o curiosidad intelectual, gusto del público lector y percepción de lo aceptable por los traductores, entre otras variables) durante treintaiocho años críticos de la historia cultural contemporánea española. Estos años, junto al periodo de dictadura franquista, representan lo que podríamos llamar un *siglo XX corto* español (de 1898 a 1975 / 1982) tomando prestado el concepto de Hobsbawm (1995). En concreto, el libro se ocupa de la mitad literariamente más vivaz y cosmopolita de ese corto siglo a la que hubo que remontarse, en parte, durante la Transición para retomar el hilo intelectual. He ahí un valor añadido de la obra que aquí se reseña.

Sería interesante, siguiendo la idea de la continuidad, que los autores se plantearan investigar a escritores / traductores de las décadas siguientes del mismo modo que este volumen prosigue, a su manera, el camino iniciado por *Autores traductores en la España del siglo XIX*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Hobsbawm, Eric (1995), *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914–1991*, Londres, Abacus.
- Rundle, Christopher (2012), «Translation as an Approach to History», en *Translation Studies*, vol. 5, no. 2, pp. 232-240, DOI: <https://doi.org/10.1080/14781700.2012.663615>.

ÁLVARO MARÍN GARCÍA
Universidad de Valladolid
alvaro.marin.garcia@uva.es